

CIDE

Centro de Documentación y Estudios C.C. 2558 Asunción Paraguay

MATERIAL DE DISCUSION
C.D.E.
NUMERO 1, NOVIEMBRE 1986
ASUNCION - PARAGUAY

ALGO SOBRE HETERODOXIA E INCERTIDUMBRE
EN EL DEBATE DEMOCRATICO (a propósito
de una intervencion de Albert O.
Hirschman)

Benjamin Arditi

Esta serie de materiales de discusión es editada por el Centro de Documentación y Estudios (CDE), en Asunción, Paraguay. El CDE es un organismo no gubernamental (ONG) sin fines de lucro, dedicado a la documentación, investigación e información en el campo de las ciencias sociales. Las opiniones, análisis e interpretaciones que se desarrollan en estos materiales son de responsabilidad exclusiva de sus autores, y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la institución.

1. PESIMISMO DEMOCRATICO

Hace algunos años, una agencia publicitaria ideó un aviso simple pero efectivo para promocionar una conocida marca de whisky escocés. En él se veía la fotografía de la botella de whisky cargada hasta la mitad, y dos breves textos. Uno de ellos, el del margen superior, decía: "para el anfitrión, la botella ya está semivacia", mientras que en el margen inferior se leía: "para el invitado, aún está semillena". La elegancia formal de esta imagen revela una fina percepción de la polivalencia cultural de objetos y situaciones de lo cotidiano, a la vez que sirve como metáfora para señalar otro punto de partida para pensar las perspectivas de la democracia, distinto al que propone Albert O. Hirschman en "Acerca de la Democracia en América Latina" (La Ciudad Futura No.1, Agosto 1986).

Hirschman sostiene que, "necesariamente, el pesimismo debe ser el punto de partida de cualquier pensamiento serio acerca de las oportunidades que tiene la democracia de consolidarse en América Latina. La causa principal de este pesimismo es sencillamente lo poco prometedor de los antecedentes históricos". En gran medida ello es cierto, además de angustiante: el deseo de una transición democrática (entendida como recuperación o como invención de la democracia) frecuentemente conduce a frustraciones una vez que se debe tratar el complejo tema de la consolidación de prácticas e instituciones democráticas, especialmente si el temor de una ruptura autoritaria está aún fresco en la memoria colectiva.

La historia "pesa" sobre el presente; hemos aprendido a matizar nuestro deslumbramiento inicial con un pensamiento estructurado en torno a ideas de discontinuidad histórica o ruptura epistemológica, así como a reconocer tanto la presencia de una historia silenciosa y capilar de las mentalidades como asimismo la lentitud con que transcurre la mutación de los modos de ver el mundo y actuar en él. Pero también debemos ser capaces de reconocer que hay épocas en las que las transformaciones ocurren tan rápido y se introducen con tal fuerza en los imaginarios colectivos que, al reflexionar sobre ellas -para ordenarlas de algún modo inteligible- se nos revelan casi como mutaciones repentinas y radicales.

Tal es el caso con la revalorización de la democracia como modo de vida deseable por parte de partidos políticos, movimientos sociales, grupos de presión e intelectuales socialistas que,

hasta hace apenas una o dos décadas atrás, descalificaban a la democracia política adosándole adjetivos tan poco elogiosos como "formal", "burguesa" u otros similares. Se puede mencionar también el descubrimiento gradual de las ventajas de un sistema de intercambios políticos democráticos por parte de sectores populares, asociaciones de vecinos, jóvenes, etc., quienes van reconociendo que la democracia no resuelve por sí sola los problemas de la miseria y la marginalidad, pero que sin lugar a dudas facilita enormemente las tareas organizativas y provee arenas públicas para tematizar, canalizar y exigir soluciones para problemas de índole laboral, vecinal, generacional, ambiental o de otro tipo. Tampoco se puede pasar por alto la transformación de la democracia en un valor moral deseable en sí mismo por parte de perseguidos políticos, prisioneros de conciencia, periodistas e intelectuales censurados, exiliados, torturados, familiares de desaparecidos, organismos y grupos de derechos humanos y la opinión pública en general luego de las experiencias traumáticas ocurridas durante las brutales dictaduras del Cono Sur en estos últimos años.

La pasión por la democracia es muy reciente y las prácticas requeridas para su consolidación estable no están muy sedimentadas en el inconsciente colectivo, pero las transformaciones que se vienen gestando en los modos de ver y sentir la experiencia democrática parecen indicar un reacomodo en los imaginarios colectivos de nuestras sociedades. Por ello, si para Hirschman el punto de partida para pensar la consolidación de la democracia es una sana y respetable dosis de pesimismo, avalada por la falta de antecedentes prometedores en la vasija democrática de la historia política latinoamericana, para otros, y me incluyo entre ellos, la creciente presencia y empuje de anhelos, ideas, orientaciones e instituciones democráticas permite vislumbrar una vertiente positivo-productiva para la democracia en la región.

Vale decir, para unos se trata de una "botella democrática" aún poco cargada, mientras que para otros se trata de una "botella en proceso de llenado". Que sepamos potenciar este llenado es una posibilidad y una responsabilidad que incumbe a todos.

2. HETERODOXIA E INCERTIDUMBRE DEMOCRÁTICA

Además del pesimismo preventivo, Hirschman el "heterodoxo militante" -como lo llama Aricó- propone abandonar la creencia en la necesidad de supuestos o condiciones estrictas que deberían cumplirse para que la democracia pueda consolidarse, pues considera que de no hacerlo caeríamos en un esquematismo utópico, tan frecuente en las ciencias sociales. A modo de hipótesis, plantea que en vez de desear el cumplimiento de condiciones estrictas, tales como reanudar el crecimiento

económico, mejorar la distribución del ingreso, reestructurar relaciones cotidianas o lograr una cooperación entre partidos, hay que pensar en modos de hacer sobrevivir y de fortalecer a la democracia frente a situaciones negativas a medida que vayan surgiendo en diversos campos. Ello implicaría, entre otras cosas, una posible disociación de las condiciones políticas y las económicas; una suerte de aceptación de un "juego de suma cero" entre dos metas de corta duración, en donde lo que se 'gana' en libertad puede 'perderse' en desarrollo, pero que posteriormente puede conducir a avances en ambas direcciones; y también un pragmatismo en la decisión sobre las prioridades, flexibilizándolas de acuerdo a las situaciones concretas inesperadas.

Por último, Hirschman propone la adopción de dos tipos de incertidumbre en las orientaciones de un accionar propiamente democrático, las planteadas por Adam Przeworski y Bernard Manin.

Przeworski pone en relieve la existencia de una incertidumbre respecto a los efectos de la acción política cuando la titularidad del poder político depende de procesos electorales. En regímenes autoritarios, en los cuales no intervienen ni el debate público ni la duda electoral en el diseño e implementación de una política, la certeza acerca del futuro de una iniciativa cualquiera es relativamente grande. En el marco de una democracia, en cambio, el grado de certeza que puedan tener los actores estatales, partidarios o sociales sobre los efectos de sus acciones es considerablemente menor.

La incertidumbre a la que se refiere Manin consiste en la posibilidad de modificación de las opiniones y los juicios de los votantes a través de los argumentos y debates que tienen lugar en el curso de una campaña electoral: la suya es una incertidumbre que deviene correlato operativo para que pueda darse la flexibilidad o permeabilidad al cambio en los juicios de los ciudadanos.

Como señala Hirschman, "para que un régimen democrático tenga alguna oportunidad de sobrevivir, sus ciudadanos deben aceptar la incertidumbre de Przeworski sobre los resultados, adquiriendo una cuota de paciencia. Para consolidarse, el régimen necesita además una dosis de incertidumbre referida por Manin: la conciencia por parte de los ciudadanos de que antes del debate democrático, ellos están todavía, y deben estarlo, algo dubitativos acerca de cual es la solución correcta a los problemas en juego".

3. ¿A QUIEN DEBE SERVIR LA DEMOCRACIA?

En polémica con Hirschman, Mario R. dos Santos se pregunta "¿Cómo pensar la democracia para servirla?" (La Ciudad Futura No. 2, Octubre 1986) y cuestiona, en lo esencial, la hipótesis de la disociación entre condiciones políticas y económicas como elemento capaz de conducir a la consolidación democrática, especialmente en lo que respecta a la estabilidad política de los nuevos regímenes.

La argumentación de dos Santos se estructura en torno a dos puntos, ambos relacionados con el problema de la legitimidad del régimen político. En primer lugar, nos recuerda que existen "vastos contingentes de asalariados, trabajadores por cuenta propia y desocupados que se hallan en los umbrales de la supervivencia o por debajo de ellos y que por consiguiente tienen demandas prácticamente no negociables".

El carácter "prácticamente no negociable" de las demandas de estos contingentes postergados política y socialmente subsiste bajo regímenes autoritarios, pero las posibilidades de organización, debate, y presión pública que brinda la democracia permite que estas sean tematizadas como problemas, emerjan como núcleos potenciales de conflicto social y, por ende, requieran soluciones urgentes. Por eso, la democracia debe enfrentar estas demandas en arenas públicas y someterse al principio tácito que rige los intercambios políticos en ellas. Esto es, que la combinación de clamor y protesta ciudadana con organización y propuestas concretas exige que quienes ejercen poderes de decisión en dichas materias acepten negociar y llegar a compromisos capaces de resolver, aunque sólo sea parcialmente, las demandas planteadas. En otras palabras, el juego democrático no resuelve por sí mismo los problemas relativos a la desigualdad social, pero desde el momento en que reconoce al conflicto y al disenso (la diferencia, la alteridad, el otro) como elementos constitutivos de la vida social, debe garantizar la vigencia de un andamiaje institucional y de instrumentos para que los sectores sociales luchen por sus propios intereses, y a la vez se ve obligado a codificar su legitimidad en términos de una capacidad de dar respuesta a dichos intereses.

En segundo lugar, dos Santos cuestiona la idea de separar condiciones políticas y económicas dada la cultura política de las mayorías latinoamericanas: en ella se tiende a pensar la democracia fusionando los contenidos formales y sustanciales, ya sean éticos o estrictamente materiales. La escisión entre política y economía no puede ser tal, dice dos Santos: priorizar procedimientos institucionales y bienes simbólicos -como por ejemplo, una mayor participación política de las masas- sin logros sustanciales en el terreno económico-social

(tal como un umbral mínimo de condiciones de vida) pone en peligro la legitimidad del régimen democrático y, por ende, su estabilidad. "Hasta que no sea lograda una reversión de las tendencias excluyentes en el plano socio-económico, y por el camino de la estabilidad democrática", señala, "posiblemente no se alcance la vigencia de un unívoco principio de legitimidad que proteja contra intentos propios o ajenos de alterar el orden institucional".

Dos Santos reivindica la incertidumbre como valor democrático siempre y cuando no se pierda de vista su correlato, la certidumbre instaurada a partir de valores e intereses de las mayorías. Vale decir, los regímenes democráticos deben ser capaces de dar cuenta de "nuestra ansia de certidumbre" como valor democrático, sin confundirla, por supuesto, con la certidumbre impuesta unilateral y verticalmente por los autoritarismos de la región.

4. AMA LA INCERTIDUMBRE SIN OLVIDAR LAS CERTEZAS COLECTIVAS...

Respondiendo a Hirschman, pero centrando su análisis en el tipo de certidumbre mencionado por Przeworski, Norbert Lechner reconoce la relativa futilidad de pensar la democracia en términos de acuerdos o condiciones previas estrictas, y coincide con dos Santos en señalar que una democracia también debe ser capaz de resolver el problema de la producción de certezas colectivas ("Sobre la Incertidumbre", La Ciudad Futura No. 3, Diciembre 1986).

Esto es así por dos razones. La primera es que, dado que en la democracia los acuerdos pueden ser revocados/modificados con la conformación de nuevas mayorías, "la transición democrática no puede fundarse en un pacto sustantivo sobre determinados objetivos... Ningún bando tiene la certidumbre de que sus intereses vitales y aún su identidad sean respetados. La incertidumbre puede ser tal que los actores en pugna prefieran no comprometerse en los procedimientos democráticos, fracasando igualmente un pacto institucional sobre las reglas de juego. De ahí concluye Przeworski que la transición hacia la democracia no sea una necesidad, sino una posibilidad: un resultado contingente de los conflictos".

La segunda, si le he entendido correctamente, es que si Lechner acepta la validez del "amor por la incertidumbre" como premisa válida de una vida democrática, lo hace a condición de no pasar por alto las cuestiones relativas al orden y al consenso, vale decir, relacionadas con la creación, institución y mantenimiento de certezas colectivas que posibiliten minimamente el cálculo y la predictabilidad de los efectos de iniciativas políticas concretas emprendidas por actores

diversos. "La incertidumbre es, en resumen, una premisa de la política, el punto de partida de la democracia. Asumirla no implica, sin embargo, desoir las demandas de certidumbre. Por el contrario, precisamente un realismo político bien entendido nos exige analizar con mayor atención en qué medida la democracia logra desarrollar referentes de certidumbre. Posiblemente sea este uno de los puntos decisivos en la difícil institucionalización de la democracia".

5. LAS ANTINOMIAS DEL DEBATE

Se pueden resumir los puntos centrales de este debate a tres voces de la siguiente manera:

a) No existen ni pueden existir supuestos o condiciones estrictas que deban cumplirse perentoriamente para coconsolidar y estabilizar un régimen democrático. A diferencia de lo que se sostiene comunmente, una perspectiva heterodoxa sugeriría la posibilidad de disociar las condiciones políticas y económicas de una democracia.

Separar lo económico de lo político puede ser válido, pero conlleva el riesgo de una desestabilización por vía de la crisis de legitimidad debido al descontento de los contingentes de marginados, a quienes la precaria condición socioeconómica coloca en un umbral de supervivencia carente de amplios márgenes de negociación y compromiso de sus demandas.

b) Tanto la incertidumbre sobre los resultados de una acción política como la incertidumbre acerca de los juicios u opiniones de los ciudadanos durante el proceso de debate son cruciales para la consolidación y supervivencia de un régimen democrático.

Sin embargo, la incertidumbre, como principio democrático, es válida y deseable siempre y cuando sea articulada con la formación y vigencia de certezas colectivas sobre la satisfacción de los reclamos que orienten la acción de segmentos sociales, cada vez más diversos y diferenciados: las demandas de acceso a servicios y empleos por parte de sectores marginados; las ansias de mantenimiento y ampliación de los estadios de bienestar socio-económico ya conquistados por sectores de clase media; el angustioso deseo de los empresarios y financistas de tener garantizadas tanto la estabilidad política como también la seguridad futura de sus inversiones; las garantías buscadas por acreedores internacionales y futuros prestamistas acerca del cumplimiento de compromisos financieros.

6. ¿HETERODOXIA O DIFERENCIA DE PLANOS ANALITICOS? ("condiciones estrictas" e imaginarios colectivos)

Tal como se plantean los puntos centrales de este debate, parecería que las tesis de Hirschman no son tan "heterodoxas" como sugieren algunos. A pesar de su rechazo inicial de supuestos o condiciones estrictas que deberían cumplirse para la estabilización de los nuevos regímenes democráticos en América Latina, su reivindicación de dos tipos de incertidumbre como elementos claves para la supervivencia del juego democrático (incertidumbre de Przeworski) y para la consolidación de éste (incertidumbre de Manin), constituye una apología tácita y sutil de tales condiciones, solo que a nivel del imaginario social compartido por la colectividad. Es muy cierto, como dice José Aricó en "El Desafío de Navegar Contra el Viento" (La Ciudad Futura No. 1, Setiembre 1986), que Hirschman no cae en las trampas de una lógica causal que lo remitiría inexorablemente a la problemática de los orígenes, a la inútil búsqueda de una "causa cero", "causa fundante" o "causa primera" de la inestabilidad endémica de la región. Según él, las referencias a la incertidumbre nos remitirían más bien a actitudes conducentes a una forma de pensar la política, no a supuestos para cimentar un régimen político democrático, puesto que "las actitudes apelan al costado subjetivo de la política en tanto los supuestos designan materialidades resistentes a la productividad del actuar".

Pero aquí cabe preguntarse hasta qué punto es válido distinguir actitudes y supuestos en términos de aspectos "subjetivos" y "objetivos" de la política, vale decir, hasta qué punto es lícito pensar que las actitudes son categorías externas a aquello que forma parte de las "materialidades resistentes a la productividad del actuar". En los últimos años han surgido innumerables trabajos que plantean, con un gran despliegue de erudición y agudeza argumentativa, la imposibilidad de establecer una relación de pura exterioridad entre un plano material-objetivo y uno reflexivo-subjetivo tal como se plantea, por ejemplo, en las versiones más vulgares y difundidas del materialismo histórico. *Culture and Practical Reason* de Marshal Sahlins, un estudio antropológico clásico en esta cuestión, demuestra cómo las estructuras de parentesco intervienen en las relaciones de producción, en la forma de distribución de la tierra y en el modo de apropiación y distribución del excedente económico en algunas sociedades. Sabemos también que, independientemente del contenido de verdad o del grado de irracionalidad de actitudes o creencias, estas generan pautas de pensar y obrar. Durante muchos siglos el saber popular no dudó en concebir al mundo como objeto plano que terminaba en un abismo sin fondo, o a los astros como objetos suspendidos en el "cielo" por esferas de cristal que

rodeaban a la tierra. Las actitudes hacia la vida y la muerte, las pautas de actuar de navegantes, los modos de pensar de los geógrafos, etc. que se desprenden de ésta visión del cosmos, ¿no constituyen acaso "materialidades resistentes a la productividad del actuar", en tanto inhiben cierto tipo de reflexión considerado como impensable y cierto tipo de acción al considerarla como inevitablemente funesta? Es más, ¿acaso no deberíamos considerar a las actitudes como materialidades que incitan a la productividad de cierto tipo de modos de pensar y de obrar en desmedro de otros?

Por ello, ya sea como "actitudes" o como "supuestos", debe reconocerse que Hirschman sí propone algunas condiciones para la consolidación de regímenes democráticos, aunque estas poco o nada tengan que ver con las condiciones referidas a los contenidos, objetivos o decisiones sustantivas previas que suelen plantearse en el sentido común de políticos y científicos sociales: Hirschman propone una mutación en el modo de ver y de hacer política que implica un reacomodo de ciertas significaciones que forman parte del imaginario colectivo de la política en nuestras sociedades. Su reflexión apunta a la transformación del (de los) imaginarios colectivos acerca de la política y la democracia -mayor tolerancia y flexibilidad, tanto en el aspecto decisonal como en el ideológico- antes que a los problemas de estabilidad y continuidad de corto plazo que enfrentan los jóvenes regímenes democráticos en la región. El énfasis de Mario dos Santos en la justicia social como elemento constitutivo de la legitimidad de la gestión gubernativa democrática, junto con su preocupación -plenamente compartida por Lechner- acerca de la formación de consensos y certezas colectivas democráticamente elaboradas revela, en cambio, un realismo político centrado en la supervivencia de corto plazo y en la cuestión de la "governabilidad" al interior de estos nuevos regímenes.

En otras palabras, en dos Santos se puede apreciar una opción ético-política en favor de sectores populares, destinatarios o beneficiarios privilegiados de las políticas públicas de un sistema democrático que debe contemplar la igualdad social y la justicia distributiva como pilares fundamentales de su orientación: hay un contenido de carácter socialista en su perspectiva. Se trata también de una opción política que toma en consideración el punto de vista de los que ejercen el poder político y su necesidad de legitimar ese ejercicio, estableciendo un plano de contenidos sustanciales -operacionalizado por vía de las políticas sociales- como modalidad clave de generación de consensos para su accionar.

De ahí que lo que distingue a Hirschman el "heterodoxo" y a dos Santos y a Lechner los "realistas" no es, pues, el carácter novedoso de las propuestas del primero y la naturalza más

convencional de los comentarios elaborados por los segundos. Antes bien, se trata de una distinción que pone de manifiesto dos niveles diferenciados en los que se mueven sus argumentaciones respectivas: el de las transformaciones en las mentalidades colectivas, referidas al imaginario político (a los imaginarios políticos) en el caso de Hirschman; el de las modalidades de reproducción del poder político para contrarrestar tanto los posibles brotes de desencanto y presión popular como asimismo los peligros latentes de nuevas regresiones autoritarias en el caso de dos Santos y, en forma complementaria, el llamado de atención de Lechner acerca de la necesidad de contemplar la democracia no solo como legitimación del conflicto y la incertidumbre, sino también como modalidad de construcción de consenso y certidumbre.